

III

Durante ocho días, la señorita Frogé, cumpliendo con sus rutinarios deberes, se guardó mucho de pasar por las inmediaciones del hotel Louvois, esforzándose hasta por olvidar el nombre de Brécart.

Sus tíos, fatigados por el inmenso esfuerzo que tuvieron que hacer para dar su reunión, reposaban en dulce somnolencia con voluptuosidad; sus tazas de porcelana, vueltas á poner en el aparador, sus cucharillas de té alineadas en el orden de costumbre, las sillas y sillones colocados de nuevo en su sitio, todo aquel hogar puesto en regla, correcto y monótono, les parecía un paraíso perdido y vuelto á encontrar. Además, un sentimiento de legítimo orgullo henchía sus corazones al pensar el éxito que alcanzó aquella reunión.

—¡Cuando pienso que no me han roto nada!—decía la tía Isabel;—¡ni aun un platillo!

Los esposos interrogaron á Camila con infinito mimo. ¿Este le había parecido muy amable? ¿Aquél no era un muchacho agradable? Camila respondía no haberse fijado en la amabilidad de uno, ni en lo agradable del otro. Y entonces los buenos ancianos inclinaban la nariz sobre sus platos y se preguntaban con terror si sería necesario repetir la fiesta.

—El único hombre que he encontrado interesante — declaró un día Camila, molestanda por aquel interrogatorio — es el señor Mirmont; es desagradable, pero inteligente.

— Desagradable! ¿Tú crees que lo és? ¡Un hombre tan bien educado! — exclamó su tía.

— ¡Un hombre que merece tantas consideraciones! — añadió su tío Sebastián. — ¡Mi mejor discípulo! ¡Un hombre que ha de ocupar un puesto elevadísimo! ¡Desagradable! ¿En qué le has hallado desagradable? ¡Si es el hombre más atento que conozco!...

— Tío, en efecto, es muy atento; pero yo me entiendo aunque no me sepa hacer comprender; es muy amable, usted tiene razón, muy respetable, y sin duda más digno aun de consideración.

— Seguramente — dijeron los dos esposos á la vez.

— ¡Tanto mejor tío; tanto mejor, tía!

La conversación paró de pronto; los esposos Frogé se miraron consternados. La idea de que una persona tan respetable pudiese entrar en relaciones con su sobrina, nunca había cruzado por su imaginación: pero ¿no era aterrador el que un hombre tan amable como Gustavo Mirmont hubiese desagradado á la joven? La señora Frogé se propuso hablar á Camila de este asunto cuando hallase un momento favorable, pues la buena señora, sin atreverse á confesárselo, sentía que su sobrina le causaba algún temor, viendo su repentina frialdad cuando siempre fué con ella tan expansiva.

Camila era estoica á su modo, fué sin buscarlo, cuando á pesar suyo, arreglando los papeles halló el escrito en que se le participaba el matrimonio de Paul Brécart.

¿Acaso era culpa suya el que los esposos viniesen á París, donde residía ella desde hacía algunos años?

De todo esto nada tenía que reprocharse; á veces puede decirse que los acontecimientos se ensañan con uno, el nombre que quiere olvidarse, repercute en nuestros oídos; los indiferentes trabajan sin piedad con sus palabras banales contra nuestra alegría, á veces pasan por la calle silbando una canción; y sin saberlo hacen que amargas lágrimas broten de vuestros ojos, y el primer nombre que vuestra distraída mirada lee en un periódico, es el del ser que queréis olvidar.

Indudablemente, era culpa de las circunstancias el que Camila se viese obligada á hablar de los Brécart y á pensar en ellos; pero no debía permitir que su recuerdo preocupase de nuevo su existencia; ¡debía olvidarlo á toda costa! Sin saberlo, Camila era una mística; creía en la mala influencia de la carne sobre el espíritu; para mortificar su alma, torturó su cuerpo. Durante quince días, no bebió más que agua; se privó de toda alimentación regular, no comiendo más que pan y legumbres y pretestando no tener apetito, suprimió el desayuno. Esto aun no era bastante; durante las noches, se puso á leer libros místicos, obras de moral, hasta que sus ojos hinchados por el sueño, no podían distinguir las letras; por la mañana se levantaba á la débil claridad del alba despertada por el primer grito de las golondrinas, daba largos paseos á pie, regresando fatigada, rendida tanto en lo físico como en lo moral, incapaz de pensar y contenta de sí misma.

— ¡Será necesario — se decía con alegría — que obligue á mi corazón á no amar al esposo de otra mujer?

En efecto, creyó haber olvidado. Cuando abatió á su inteligencia y á su fuerza, creyó haber muerto á su amor, y en verdad estaba tan rendida que el nombre de Pablo, cesó de soliviantarla y la orgullosa Camila creyó que jamás volvería á mortificarla.

Hay seres que soportan su cruz con paciencia, y la arrastran trabajosamente por todas partes, humillados de sufrir, pero resignados con su humillación; Camila no era de estos, quería ser perfecta. No podía tolerar una mancha sobre el manto de armiño con el que se cubría con tanto orgullo.

—Hago todo lo que puedo, todo lo que debo hacer— se decía—y cuando falto á mis deberes, también sé castigarme.

Se castigaba, como hemos dicho, mortificando su envoltura mortal; pero su orgullo indomable, una vez rota la resistencia, triunfaba con más fuerza. Así es, que cuando notaba que el pensamiento fijo en Brécart y en su esposa, la dejaba tranquila, se envanecía de su fuerza de voluntad y de su valor.

—Todo el mundo hace lo que quiere—se decía;—los débiles son los únicos que no pueden vencerse.

Camila, al cabo de quince días, se sintió segura de sí misma, hasta el punto que dejó de evitar el paso por el hotel Louvois, pues hasta entonces daba la vuelta por la calle de Richelieu. Con resolución pasó por delante del hotel cada vez que sus ocupaciones la llevaban hacia aquella parte, y al pasar por delante de la plaza, se atrevía á lanzar una mirada de desdén sobre la fachada del hotel, medio oculta por la arboleda.

—Después de todo—se decía,—no es tan terrible el

pasar por aquí; si tuviese gusto en encontrar á Clara estoy segura de que no la encontraría.

De este modo, pasaron quince días más; una tarde, apresuró el paso para llegar pronto á su casa, cuando á eso de las seis, Camila, que regresaba un poco tarde, en la calle de Rívoli, cerca del Louvre oyó una voz juvenil y alegre, pronunciando su nombre.

—¡Camila!

No tuvo que preguntar quién la llamaba, pues una mano se posó sobre su hombro.

—Clara—dijo deteniéndose con brusquedad.

Ante ella estaba una mujer joven, casi rubia, con ojos oscuros, muy dulces y muy grandes: con hermosa sonrisa, dientes blancos, hoyuelos en las mejillas, y un indefinible aspecto de honestidad resplandeciendo en todo su ser. Tendió á Camila su mano izquierda, pues con la derecha sujetaba un cochecito de niño.

El niño miró á Camila al coger la mano de su antigua amiga. Era un muchacho robusto, con los ojos lo mismo que su madre; cabellos negros rizados, como los del padre; su mirada sería se detuvo sobre el semblante de Camila, y la contempló mientras hablaba, con la firmeza de esos seres pequeños, para quienes la cortesía es completamente desconocida.

—Camila, ¡qué feliz casualidad que nos hayamos encontrado! Hace días que quería ir á verte, pero cuando una monta casa, no le queda tiempo para nada... Mi Félix Brécart, ¡oh, puedes abrazarle, no soy celosa! ¡Hay madres que no les gusta que abracen á sus hijos, á mí me agrada.

Camila se inclinó sobre el muchacho, que la seguía

murmurando, y le besó en la frente; pero probablemente Félix halló demasiado ceremoniosa la caricia, pues extendió sus manecitas regordetas rechazó con fuerza á Camila, después que le hubo abrazado, y continuó mirándola con fijeza.

Clara se puso á reír.

—Está muy mal educado, ya lo ves, pero... en una edad tan tierna... ¿qué raciocinio se le puede pedir? ¡Ah, Camila! ¿Te recuerdas del colegio de la señora Boucin, cuando tú representabas el papel de Atalía y yo el de Josabet? ¡Siempre me ha tocado representar el papel de madre!

—No sin esfuerzo—Camila le respondió.

—¿Te has instalado en París?

—Sí; en la calle del Rívoli, esquina al boulevard Sebastopol, con vistas que dan sobre la arboleda de la plaza del Chatelet; ¡son divinas! Sobre todo por la noche á la salida de los teatros. No puedes formarte una idea de ello, y más cuando llueve. Además, paran muchos vendedores de naranjas. ¡Qué divertido es París! ¿Cuándo vendrás á verme? ¡Has de comer con nosotros! ¿Quieres venir mañana?

—Mañana, no puede ser—respondió con lentitud Camila.

—¿Entonces, pasado mañana?

—Pasado mañana, tampoco—dijo con tristeza la joven luchando consigo misma y sintiéndose vencida.

—¡Qué pesada eres! ¿Vendrás el domingo? Mi esposo estará en casa toda la tarde. Vendrás temprano, ¿no es verdad? Ven á las cinco, comemos siempre á esa hora, porque el niño necesita comer temprano. ¿Es cosa hecha?

—Sea—repuso Camila;—hasta la vista.

—¿Y mi marido? no me has preguntado por él. ¡Antes eras muy amiga suya! ¡Siempre hermoso, siempre encantador! ¿Te pones colorada? ¿Parece que quebrante tus principios? Me parece que una esposa tiene derecho á que su marido le parezca encantador? al menos así lo presumo. ¿Tú sigues siendo *metodista*? Bueno, no te incomodes por lo que te digo; hasta el domingo.

Empujó el cochecito, poniéndole en marcha, y dirigió á Camila un postrero y cariñoso ademán. El niño se volvió con brusquedad para contemplar de nuevo el semblante de Camila.

La joven regresó á casa de sus tíos en una situación semejante á la del sonambulismo.

—¿Quieres que el domingo vayamos á San Cloud?—le preguntó su tía.

—¿El domingo? No, muchas gracias, porque he encontrado á Clara... á Clara Brécart y me ha convidado á comer.

Los dos esposos se quedaron asombrados; Camila tuvo que relatar su encuentro: cuando la joven se retiró Frogé dijo á su mujer:

—Ya lo sabes, puesto que Camila no quiere ir á San Cloud, iremos nosotros, solos, como en nuestra buena época.

—¡Sebastián, qué idea tan extraña! ¿Los dos solos?

—Como dos enamorados. ¿Por qué no? ¡Hemos sido tan felices visitando esos lugares!

Y en efecto, al siguiente domingo, los dos ancianos fueron á visitar San Cloud.